

El goce en el arte del justo amor*[⊗]

Blanca Sánchez

El goce: entre centro y ausencia

María Leonor Solimano¹ ubicó una serie de hitos en el recorrido de la enseñanza de Lacan hacia las fórmulas de la sexuación y la consiguiente formalización del goce femenino.

Quisiera retomar su punto de partida, que es la identificación al falo bajo la forma del ser y del tener. Como recordarán, se corresponde con el Lacan de “La significación del falo” y del *Seminario 5*. El falo organiza, divide a los sexos en los que, por no poder ser el falo, se entregan a la impostura de tenerlo, los hombres; y las que, por no poder tener el falo, se consagran a serlo en la mascarada, las mujeres. Tener por no poder ser; ser, por no tener. Claro que, nadie lo tiene ni lo es.

Pero lo que me interesaría retomar de esa época es lo que podríamos situar en Lacan como una anticipación del goce femenino. Me he orientado para ello con los desarrollos sobre la sexualidad femenina que Mónica Torres ha hecho en distintas oportunidades, en las cuales ubica un recorrido del que tomaré solo algunos hitos.

En “La significación del falo” Lacan ubica que “...es para ser el falo, es decir, el significante del deseo del Otro, para lo que la mujer va a rechazar una parte esencial de la feminidad, concretamente, todos sus atributos en la mascarada”;² no dice cuál es esa parte esencial, pero podemos deducirla en otro texto más o menos de la misma época, “Ideas directivas para un Congreso sobre sexualidad femenina”, en donde ubica a la sexualidad femenina “como el esfuerzo de un goce envuelto en su propia contigüidad”. Ese goce envuelto en su propia contigüidad es, a mi entender, lo que luego será el goce femenino, como más allá del falo. Lo que allí denomina su propia contigüidad, reaparece en el *Seminario 20*, en el primer capítulo, bajo la forma de la hipótesis de compacidad,³ que permite entender lo que quiere decir que ese goce es infinito, que no conoce límites, pero un infinito muy particular. Para ilustrarlo diré simplemente que para pensar en ese infinito contiguo, pensemos en la diferencia entre dos infinitos. Uno que se daría en la simple cuenta 1, 2, 3, 4, etc., cuenta en la que podemos no terminar nunca, pero en el que nos movemos dentro de elementos discretos y diferenciales, discontinuos. Pero también otro infinito, aquel comprendido entre el 0 y el 1, pues entre ambos hay infinitos números decimales: 0,1; 0,01; 0,001 etc. Es un infinito, podríamos decir, entre 0 y 1.⁴ O entre centro y ausencia.

Esa será una de las maneras en las que podemos leer también lo que María Leonor ubicaba en la parte inferior de las fórmulas de la sexuación, es decir, las dos flechas que salen del *Lá La*

* Trabajo presentado en el Seminario Enlaces 2020 “Invenciones en la sexuación”. Clase “Más allá del falo”, 20 de abril de 2020. Comentario de los trabajos presentados por Eliana Amor y María Leonor Solimano. Este último publicado en ese mismo número de *Lecturas On-line Enlaces 26*.

[⊗] En la edición impresa de la revista *Enlaces* N° 26 continúa esta Sección donde encontrará los siguientes artículos: “Condiciones del encuentro amoroso” por María Leonor Solimano, “Una habitación propia femenina” por Dominique Laurent y “Hombres y mujeres en Lacan: del siglo XX al siglo XXI” por Mónica Torres.

barrado, y que serían la que va hacia el falo y la que va hacia el significante del Otro barrado S (A) A barrado. Entre centro y ausencia es una expresión de Lacan del *Seminario 19* que toma de un poeta, Henri Michaux. Lo encontramos en la clase que Miller tituló “Lo que incumbe al Otro” del apartado “El Otro: de la palabra a la sexualidad”.⁵ Verán por qué estos títulos son importantes para lo que quiero remarcar.

Allí leemos en Lacan: “Ella es lo que de esta figura del Otro nos brinda la ilustración a nuestro alcance por estar entre centro y ausencia. ¿En qué se convierte para la mujer esa segunda barra que solo pude escribir como definiéndola como no toda?”.⁶ Entre centro y ausencia sería su modo de presencia en la función fálica. Centro es estar en la función fálica, Uno, podríamos decir. Ausencia “es lo que le permite dejar de lado eso que hace que no participe de la función fálica, en la ausencia que no es menos goce por ser gozoausencia”,⁷ Cero, podríamos agregar. Este goce, que estaría del lado de la ausencia ilustrado en las fórmulas en la flecha que va del *Lā* La barrado al S(A) A barrado, es el que Eliana Amor⁸ nos ha ilustrado con el goce místico de Hadewijch de Amberes; pero, fundamentalmente, es un goce referido a no cualquier figura de Dios, no al Dios padre sino, como ella misma dice, “un Dios deidad, discontinuidad, amor, lo inconmensurable”.⁹ Una faz del Otro que Lacan nombra como ex-sistencia, como lo que existe fuera de. Lacan, en su texto “El atolondradicho” va a remarcar de qué modo la experiencia mística como experiencia de goce estará vinculada al agujero, el agujero de la “función pulsional”;¹⁰ una de las oportunidades en las que Lacan vincula a los místicos con el agujero, como nos lo recuerda Graciela Musachi en su libro *El otro cuerpo del amor*.¹¹ Esa otra faz del Otro nos habla de un Otro en el que lo importante no es que sea incompleto, pues sería susceptible de ser completado, sino del Otro en su inconsistencia. ¿También del Otro en su inexistencia?

María Leonor, en su texto, ubicaba que para hablar de lo propiamente femenino teníamos que pensar en una posición “totalmente desinteresada en el tener”.¹² En Hadewijch, tal como lo recortó Eliana (y es algo que se encuentra en las místicas) por ejemplo, aparece bajo la forma de exilio del mundo, exilio que implica la paradoja de un más allá de su propia intimidad.

En un libro que he consultado para este tema, que se llama *Mujeres trovadoras de Dios*, de Georgette Épiney-Bourgad y Emilie Zum Brunn,¹³ ubican a las beguinas como místicas del abandono, en donde se trata de despojarse de un ser propio creado separado para encontrarse con su ser verdadero, increado, no separado, en Dios; sitúan un “no querer nada”, no desear nada diferente del propio Dios, en una vida ascética de trabajo en la que muchas de ellas vivían, aún provenientes de castas nobles o burguesas, despojándose de sus bienes y volviéndose pobres mendicantes. La idea del despojarse del tener es la de despojarse del tener fálico. Pero por otra parte, también sabemos que no hay límites para las concesiones que una mujer puede hacer, de su cuerpo, de su alma, de sus bienes; un sin límites que se condice con ese sin límites del goce. Claro que el despojarse del tener que María Leonor nos recuerda con Medea y con Madelaine, pareciera que se sigue sostenido en la lógica fálica, se corresponden con una idea de la repartición sexuada a partir de ser o tener el falo y, por otra parte, atacan el tener del Otro, no el propio, al menos en Madelaine, aunque Lacan los compare con el acto de una verdadera mujer. No dice nada de despojarse de su propio ser el falo...

El amor: la escritura y el silencio

En el texto *Mujeres trovadoras de Dios*¹⁴ se remarca el hecho de que las beguinas fusionan el simbolismo del amor cortés con la expresión metafísica del amor a Dios. Ellas aman y piensan según las doctrinas del amor cortés, forma del amor que según Lacan es una manera refinada de suplir la relación sexual, cargando a nuestra cuenta su inexistencia. Entonces, y Eliana lo relata en su texto, la experiencia del goce místico tiene dos rasgos que a mi entender son fundamentales: está enteramente ligada al amor; y es una experiencia de goce vivida en el cuerpo. No cualquier amor, insisto, amor cortés, en el que el lugar de la palabra es fundamental, y en el que no hay encuentro sexual, como tampoco lo hay en la experiencia mística.

No me parece un dato menor el hecho de que las beguinas escriban en lengua vulgar, es decir, en su lengua materna, y eso en virtud de que intentan transmitir algo que han experimentado en su propio cuerpo. Ese me parece que es un punto muy importante.

La vez pasada,¹⁵ intenté ubicar lo que se conoce como la feminización del mundo a partir de la lógica del todo y la excepción, y la del no-todo de las que también nos habló María Leonor. Yo puse el acento en el tema del cuerpo que hoy retorna bajo el goce místico como más allá del falo; porque hay que recordar que Lacan, un poco después del *Seminario 20*, en “La tercera”¹⁶ plantea que el goce fálico es un goce que está fuera del cuerpo, mientras que lo que estamos planteando aquí es la idea de un goce que se manifiesta en el cuerpo. No podemos dejar de evocar el síntoma como acontecimiento de cuerpo; esto nos aporta entonces otro dato para entender la tan mencionada feminización del mundo. No es que el mundo pase a tener acceso al goce femenino, sino que el régimen del goce femenino como goce del cuerpo, como goce ilimitado, desregulado, fuera de la norma, es el que predomina. También es el que predomina al final de la enseñanza de Lacan.

Volvamos a las beguinas. Un franciscano, Lamberto de Ratisbona, escribía sobre ellas hacia 1250:

“He aquí que, en nuestros días
en Bravante y en Baviera
el arte ha nacido entre las mujeres
Señor mío, ¿qué arte es ese
mediante el cual una vieja
comprende mejor que un hombre sabio?”

Y explica que es por “...la simplicidad de su comprensión/ su corazón dulce, su espíritu más débil/ que son más fácilmente iluminados en su interior de modo que en su deseo comprende mejor la sabiduría que emana del cielo que la inspiración directa del Espíritu”.¹⁷

Tal como lo recordó Eliana, Hadewijch es considerada como la creadora de la poesía lírica flamenca. Como buena mística trovadora, su manejo del ritmo y de la rima le permite traducir la intensidad, la emoción, todo el drama de la relación existencial consigo misma y con Dios. El hecho de haber escrito poemas, visiones y cartas nos dice de ella que manejaba géneros literarios diversos, además de que usaba términos cortesanos y que su escritura reflejaba su cultura, su conocimiento de la Biblia, la liturgia y la teología, la prosodia, la retórica y sobre todo su conocimiento de la poesía trovadoresca. ¿Testimonia eso también de un particular goce de la palabra?

Así como trovadores y troveros coinciden con Hadewijch en cantarle a un amor inaccesible que exige del amante un compromiso sin reservas y que orienta su vida moral, hay una diferencia importante entre ambos. Para los trovadores, es menos la dama amada que el mismo canto el que sostiene el amor del poeta; el sentimiento que expresan se agota en el poema mismo, se dice totalmente; mientras que en Hadewijch hay varios niveles en los que se puede interpretar la metáfora. El amor, *Minne*, es cantado bajo distintos aspectos que hablan de la polivalencia de la palabra, desde el momento en que como amor en flamenco y en alemán es femenino, es presentado como una persona: dama, reina, maestra suprema. O, como en el poema 16 en el que el amor es llamado ley, lazo, carbón, fuego, rocío, fuente viva, infierno. Lo importante es que el canto se apoya en una experiencia previa que sobrepasa el marco del poema mismo, por lo cual nos garantiza que es auténtico. Por eso ofrece a las beguinas la posibilidad de transformar el poema en una enseñanza. Si bien toma de la literatura cortesana la expresión del “arte del justo amor” –con la que quise darle título a mi presentación de hoy–, Hadewijch la lleva al extremo.

Pero lo que me gustaría remarcar es el hecho mismo de la escritura. María Leonor ubica esta escritura como “un intento de obtener un testigo de eso que experimentan a nivel del cuerpo”¹⁸ que sería un pasaje por el Otro; Eliana nos habla de la mística como un “constante decir”, la poesía como “expresión infinita de alcanzar la unidad con Dios”.¹⁹ Me pregunto por el estatuto mismo de esa escritura. Si se trata de la importancia de la experiencia vivida, y si lo importante es la experiencia vivida desvinculándose de lo dogmático, ¿para qué escribe? ¿Son esas palabras condición de ese amor del que obtiene goce, como lo dice Eliana? ¿O son solo un efecto de la necesidad de transmisión? ¿Hay un goce en ese hablar de amor, un goce otro que el experimentado en la vivencia mística?

Para Lacan “solo hay mujer excluida de la naturaleza de las cosas que es la de las palabras”, “no deja de ser cierto que si la naturaleza de las cosas la excluye”, si la naturaleza de las palabras la excluye, “por eso justamente que la hace no toda, la mujer tiene un goce adicional, suplementario respecto a lo que designa como goce la función fálica”.²⁰ Eso hace del goce místico algo que se excluye de la naturaleza de las palabras. Si no, volvamos al epígrafe del que partió Eliana: “...aquí soy despojada de todo [...] no podrán razonando explicar lo que yo he encontrado en mi misma, sin miedo, sin velo, más allá de las palabras”.²¹ La escritura mística da testimonio de un modo de gozar particular, pues ese ser que les hace gozar le da al cuerpo una certeza, lo habita, se trata de un goce, no del órgano como el goce de los zánganos del falo, sino una resonancia particular en el cuerpo de un goce que al mismo tiempo que es de pura palabra, también es un goce que se manifiesta en el silencio mismo. De nuevo, entre centro y ausencia.

Lacan vuelve sobre esa expresión en “*Lituraterre*”; así nos lo recuerda Bassols en su libro *Lo femenino. Entre centro y ausencia*. “Entre centro y ausencia –dice Lacan– entre saber y goce, hay litoral que vira a lo literal”.²² Centro que se empareja con saber, ausencia que se empareja con goce, como vimos, con goce más allá del falo que no se puede inscribir, que escapa la naturaleza de las palabras. Saber y goce que hacen un litoral, borde que justamente marca la letra. Quizás, entonces la escritura de las místicas intenta inscribir ese litoral entre el saber y el goce imposible de representar. El goce femenino, el goce místico, se aloja en ese borde, por eso se relaciona con el significante de la falta en el Otro.

Pero también está el silencio: “Su silencio más profundo es su canto más alto”.²³ Al mismo tiempo en el que eso goza por la presencia de la palabra, se llega a ese punto donde ya no se puede

decir nada más, ese lugar que es la esencia misma de la palabra. Por ello, el silencio emerge cuando el sujeto se alivia del parásito del lenguaje, como dice Eric Laurent en *Los objetos de la pasión*.²⁴

Quizás la escritura mística sea el momento en el que algo cesa de no escribirse cuando se llega con las palabras al silencio. Es ir hacia el encuentro del desfallecimiento de la palabra, o como diría una escritora que sabe de estas cosas sin saberlo, encontrarse con “la percepción de la última diferencia: aquella, interna, situada en el centro de los significados”.²⁵

Notas

-
- ¹ Solimano, M. L., “Más allá del falo”, *Lecturas on-line Enlaces* 26.
 - ² Lacan, J., “La significación del falo”, *Escritos 2, Siglo Veintiuno*, Bs. As., 1987, p. 674.
 - ³ Lacan, J., *El Seminario, Libro 20, Aun*, Paidós, Bs. As., 1987, p. 16.
 - ⁴ Bassols, M., *Entre centro y ausencia*, Grama, Bs. As., 2017, p. 57.
 - ⁵ Lacan, J., *El Seminario, Libro 19, ...o peor*, Paidós, Bs. As., 2012, p. 118.
 - ⁶ *Ibíd.*
 - ⁷ *Ibíd.*
 - ⁸ Amor, E., “Un más allá de la intimidad”, *Lecturas on-line Enlaces* 26.
 - ⁹ *Ibíd.*
 - ¹⁰ Lacan, J., “El atolondradicho”, *Otros escritos*, Paidós, Bs. As., 2012, p. 509.
 - ¹¹ Musachi, G., *El otro cuerpo del amor*, Paidós, Bs. As., 2010.
 - ¹² Solimano, M. L., “Más allá del falo”, *Lecturas on-line Enlaces* 26.
 - ¹³ Épiney-Burgard, G.; Zum Brunn, E., *Mujeres trovadoras de Dios. Una tradición silenciada de la Europa medieval*, Paidós, Barcelona, 1998.
 - ¹⁴ *Ibíd.*
 - ¹⁵ Sanchez, B., “Cuerpo de baile”, trabajo presentado en el Seminario Enlaces 2020 “Invenciones en la sexuación”. Clase “Invenciones en la sexuación”, 6 de abril de 2020. Inédito.
 - ¹⁶ Lacan, J., “La tercera”, *Intervenciones y textos 2*, Manantial, Bs. As., 1988, p. 106
 - ¹⁷ Épiney-Burgard, G.; Zum Brunn, E., *Mujeres trovadoras de Dios...*, *op. cit.*, p. 14.
 - ¹⁸ Solimano, M. L., “Más allá del falo”, *op. cit.*
 - ¹⁹ Amor, E., “Un más allá de la intimidad”, *op. cit.*
 - ²⁰ Lacan, J., *El Seminario, Libro 20, Aun*, *op. cit.*, p. 89.
 - ²¹ Amor, E., “Un más allá de la intimidad”, *op. cit.*
 - ²² Lacan, J., “Lituriatierra”, *Otros escritos*, Paidós, Bs. As., 2012, p. 25.
 - ²³ Amor, E., “Un más allá de la intimidad”, *op. cit.*
 - ²⁴ Laurent, E., *Los objetos de la pasión*, Tres haches, Bs. As., p. 131.
 - ²⁵ Duras, M., *Emily L.*, Tusquets, Barcelona, 1988, p. 74.